

hecha desde la niñez á la molicié y á los placeres?—
¡Ah, madama, le respondió madama de la Valliere mostrando al rey y á madama de Montespan, si hallare yo penas allí, no haré mas que traer á la memoria las que estas dos personas me han hecho sufrir.”

Algun tiempo despues que cumplió su resolucíon, madama de Montespan, yendo á las Carmelitas con la reina y con madama de Maitenon, propuso una lotería é hizo traer todo lo que podia convenir á las religiosas. Estas santas hijas tuvieron escrupulo de ello; les pareció que los agnus, los crucifijos, las tocas, los rosarios tenían algo de la mano impura que se los ofrecia: para asegurarse, suplicaron á madama de Montespan que pagase las suertes; y suplicaron á madama de Maitenon que las distribuyera. Sor. Luisa de la Misericordia, se sacó una Magdalena. Madama de Montespan fijó los ojos en la imágen, y quedó conmovida. Aquellos cabellos esparcidos, aquellas manos juntas, aquellos ojos mojados en lágrimas, aquella frente llena de confusión, de amor, de temor, de esperanza; la presencia de madama de la Valliere, que tenia todo esto, la vergüenza de ser lo que la Valliere habia sido, un primer deseo de imitarla en su penitencia como la habia imitado en sus extravíos, echaron á madama de Montespan en una turbacion mal disimulada con una jocosidad forzada, y aumentada por las preguntas que hizo á madama de la Valliere. „Deveras, le dijo, ¿estais tan satisfecha como se dice?—No, respondió la Carmelita, no estoy satisfecha, pero estoy contenta. ¿Y vos madama?—En cuánto á mí, no estoy ni lo uno ni lo otro.”

Esta es aquella misma madama de la Valliere, que cuando le avisaron la muerte del duque de Vermandois que habia tenido de Luis XIV, respondió: „debo llorar su nacimiento mas todavía que su muerte.”

Se teme llevar sobre sí el yugo del Señor, aquel yugo que nos hace dulce con su gracia; y no se piensa en lo que cuesta llevar el del mundo y de las pasiones. Aun en los puestos mas eminentes, en las mas envidiadas posiciones, ¿qué sujeción, que disgustos y que violencia que quizás no se sospecharía! Se puede juzgar de esto por el modo con que una muger célebre, la princesa de Breiús pintaba á la mariscal de Noailles las penas de su empleo cerca de Felipe V. y de la reina de España, de quien era camarera mayor ó dama de honor: por satírica que sea su carta, todo ministra en ella materia para las mas serias reflexiones.

„En qué empleo, buen Dios, me habeis puesto! No tengo el mas leve reposo, ni tengo tiempo de hablar á mi secretario. Ya no se trata de descansar despues de la comida, ni de comer cuando tengo hambre. Soy muy dichosa cuando puedo mal comer de prisa, y aun es muy raro que no me llamen al momento de ponerme á la mesa. En verdad, madama de Maitenon se reiria, si supiese todos los portomeno-

res de mi empleo. Decidle, os ruego, que á mí me toca el honor de llevar la ropa de la cámara del rey de España cuando se mete á la cama, y de dársela con sus chinelas cuando se levanta. Hasta aquí yo tuviera paciencia; pero que todas las tardes, cuando el rey entra á casa de la reina para acostarse, el conde de Benaventé me encarga de la espada de S. M. de un vacín y de una lámpara que ordinariamente derrama sobre mis vestidos; esto es muy grotesco. El rey nunca se levantaría si yo no fuese á recorrer la cortina; y sería un sacrilegio, si otra que yo entrara en la recámara de la reina cuando ellos estan en la cama. Ultimamente la lámpara se habia apagado, porque derramé la mitad. No sabia donde estaban las ventanas, porque habia llegado la noche á este lugar: pensé aplastarme la nariz contra la pared; el rey de España y yo, al cabo de un cuarto de hora nos testearíamos buscándolas. S. M. se acomoda tan bien conmigo, que á veces tiene la bondad de llamarme dos horas antes que yo quiera levantarme. La reina tiene sus chanzas; pero sin embargo, no he ganado todavía la confianza que hacia de las camareras piemonteses. Estoy admirada de esto: porque la sirvo mejor que ellas, y estoy segura de que no le lavarán los pies ni la descalzarán tan pronto como yo.”

„Esta es una muger muy alta, añade Millot transcribiendo esta carta, que se sujetó hasta este punto, que se complace en un servicio tan propio para disgustarla: ella tiene su fin, lo conseguirá. Desea verdaderamente alivio; pero aguar dándolo, hace todos sus esfuerzos para sacar ventaja de sus fatigas.” ¿Qué ventaja! y en el fondo ¿qué proporcion entre la pena y la recompensa!

Esta princesa, en la pobreza de que se quejaba tan á menudo, mantenía ordinariamente en Roma cuatro gentilhombres, muchos pages, doce lacayos, &c.; y se habia propuesto aumentar mucho su número en España. „Soy pobretona, es verdad, escribia á la mariscal, pero soy todavía mas soberbia, y nada lo prueba tanto como la opinion que se tiene de mis grandes riquezas. En esta ocasion haré punto de honor no pedir nada, y sin embargo haré un gasto proporcionado al decoro del empleo con que el rey me honra.” (*Memorias políticas y militares, &c., por el Abate Millot.*)

CARTA QUINCAGESIMA SETIMA.

EMILIA AL MARQUEZ.

Un dia nuevo luce al fin para mí: el cielo no

solo me saca de las sombras de la muerte, de los umbrales del sepulcro; no solamente, padre mio, puedo escribiros aún, expresar mis tiernos afectos, aprender de vos á emplear santamente la vida, la salud que Dios se ha dignado volverme, y que yo creo deber á vuestros votos y á vuestros ruegos; sino que vuestro hijo, vuestro querido hijo, es todo entero de la religion, de la verdad, de la virtud. Vuestra última carta vino á poner fin, para su conversion y su felicidad, á lo que vuestras anteriores no habian hecho mas que bosquejar. ¡Qué pormenores tengo que daros, y cuan vivamente vais á participar de la alegría que experimento!

Apenas salia yo del estado de debilidad que sigue á los bellos dias de la convalescencia, cuando circunstancias inprevistas me hicieron saber todas las pérdidas que mi marido tenia, y el puesto con que la reina queria honrarme. Valmont, siempre á riesgo de ser aprehendido, no podia verme sino difícilmente; yo me sentí con bastantes fuerzas para hacer que me llevasen luego á casa de Mr. de Veymur, donde tuve con él la mas interesante conversacion. Luego que me vió se echó á mis plantas, y no conseguí levantarlo, sino amenazándole con tomar la misma postura. Me dió muestras, como lo habia hecho muchas veces, de los mas tiernos pesares por los males que me habia causado, mas al mismo tiempo de las mas grandes inquietudes por su suerte y por lo que sucedería conmigo. Sus temores celozos penetraban de nuevo al través de la viva expresion de sus afectos y de sus lágrimas. „Vamos á ser separados, me decía: el favor te detiene en la corte, y á mí me abandona. En el momento en que mi corazon te hace la justicia que te es debida, en que trataba de reparar todas mis faltas con la mas constante fidelidad, te me arrebatan, y una vez que se halla decretado mi destierro, acaso, ¡ah! me olvidarás para siempre.” Querido esposo, respondí á Valmont, ¿así es como me haces justicia? ¿Ultrajando mi ternura pretendes acreditarme la tuya? ¿Ignoras que tu for-

mas el hechizo de mi vida, y que ella no puede agradarme sin tí? „¿Y que puedo yo, exclamó con el acento del dolor mas amargo, que puedo ahora para tu felicidad, yo que no conocia otra ninguna, sino la de hacerte feliz? ¿Que me queda que ofrecerte? ¿Que bien hay todavía en mi poder?” —Tu corazon, querido Valmont. De todos los bienes este es el único que deseo me conserves; y si he de creer al mio, no, no serémos separados. — ¡Ah! es menester, madama, replicó vivamente: es menester, y te obligarán á ello. Lo debes además por tu hijo, lo debes por tí misma; ¿y por que te has de asociar á mis desgracias? ¿Tu no las has merecido! — ¡O amigo mio! ¿Que llamas desgracias? Siempre me has de conocer tan poco! ¿Qué! ¿el no verte ya decorado con títulos fastuosos, no arrastrarte entre la multitud de los cortesanos, no incensar á la fortuna y sus caprichos, no correr en pos de sombras, no idolatrar un mundo que te ha perdido: que! ser dueño de tí mismo con seguridad, en el seno de la calma y de la sabiduría, es lo que llamas desgracias? Valmont! ¿No siempre te he amado por tí mismo? ¿Alguna vez te he parecido muy ofuscada con la brillante quimera de las riquezas y de los honores? Ahora que en la primavera de mis años he visto tan de cerca la muerte, he recibido en su escuela nuevas luces; cuando sus amenazas y todo su aparato me han instruido tan bien sobre la nada y la inestabilidad de las cosas humanas; cuando mi alma ha tomado nuevas fuerzas para resistir á sus peligrosos atractivos, ¿he de llegar á tener mucho pesar por ellas? Vaya, amigo mio, lo que pido al cielo para contento de ambos, es que tú no las eches ménos, mas que yo. — Querida Emilia, me respondió Valmont con trasporte, ¿no dejarás de hacerme sonrojar de mí mismo? . . . Pero al cabo la autoridad! — La autoridad, amigo mio, será en mi juicio mui equitativa para que me violentara; fia en mi ternura, por cuanto á los medios que emplearé para rendirla. — Has pues lo que gustes, me dijo mi marido. Tierna Emilia, dis-

pon de tí, de mí, de todo mi ser; por que solo quiero vivir para tí.—Para Dios, sobre todo querido Valmont; para Dios que te ha formado, y el único que puede hacerte feliz—Pues bien, mi buena amiga, tu me enseñarás á vivir para él. ¿Y podria yo no amarlo, cuando tu me lo haces tan amable?

Dejé á mi marido preparado así para el paso que yo trataba de dar, sin decirle nada mas de lo mui preciso, y al dia siguiente corrí á ponerme á los pies de la reina; le manifesté las mas vivas acciones de gracias por el interés que se habia dignado tomar en mi situacion, y por el alto favor que queria hacerme; pero le conjuré que no me obligase á recibir sus dones, por mas preciosos que fuesen á mis ojos en virtud de mi respeto y de mi adhesion á ella. „¿Qué, desairais al rey! me dijo; y cuando á instancia mia os deja en la corte y cerca de mí, ¿me desairais tambien á mí?“ O madama, le respondí penetrada de sus bondades, os lo confesaré con la sinceridad de mi corazon; de todos los favores de la corte, y de todo cuanto esta tiene de mas atractivo, solo siento la dulzura que gustaria viviendo cerca de vos, formándome á vuestra vista y por vuestros ejemplos, y mostrándoos con mis cuidados todo mi celo y todo mi reconocimiento. Pero Mr. de Valmont.... Y bien, replicó la reina, Mr. de Valmont.... es culpable hasta no mas; es quien ha causado todos vuestros males; no podria sino haceros aún mas desgraciada; y cabalmente para excusaros nuevos pesares os detengo cerca de mí—¡Ah! madama, yo lo quiero; siempre es mi marido, y su suerte debe ser la mia. Os lo han pintado ademas con mui negros colores: su espíritu es naturalmente recto, su corazon es bueno; me ama, y lo habian extraviado—Lo habian extraviado.... ¿y quien? ¡el mejor de sus amigos, Lausane, que os hacia tanta justicia, que pensaba tan bien de vos, y á quien el indigno celo del Conde nos ha tan desgraciadamente arrebatado? Ah! cualquiera que sea el

funesto lance que le ha hecho tan criminal, el rey no le perdonará jamas.—Sin embargo, repliqué derramando algunas lágrimas, es mui digno de perdon.—¿Pretenderéis justificarlo?—No, madama; entregándose totalmente á un arrebato que debia reprimir, tomando venganza por sí mismo, ha faltado á las leyes, al príncipe, á la religion; ¿y puede uno con esto no ser culpable? Pero es jóven, vivo y sensible; y su sensibilidad se puso á mui duras pruebas.... Tal vez he dicho demasiado; y me expondré á volverme culpable como él.—Hablad, me dijo la reina, lo exijo y os lo mando.

Despues de toda la resistencia que pude hacer, me ví precisada á obedecer y á entrar en todos los pormenores de la conducta del Baron para conmigo, para con mi marido. Comencé desde nuestro destierro, y acabé con los votos que Lausane habia hecho al Conde ántes de morir, y que la jóven madama de Veymur, instruida por Valmont, me habia referido. La reina quedó sobrecogida de la mayor admiracion con el relato de tantas perfidias, y no pudo resistir á las pruebas que le daba de ellas. ¿Que he oido? me dijo, ¿y quien no habria sido el juguete de tantas intrigas y dobleces? Mi mayor pena, continuó en el tono mas afectuoso y tierno, es que participando ahora de vuestras desgracias, no puedo ponerles fin. En este momento, sobre todo el rey nada querria escuchar; no cesa de sentir al Baron á quien amaba, y que tan artificioosamente habia sorprendido su confianza y su religion. Está furioso contra vuestro marido, por que le han asegurado que no se sabe de su paradero, y que se creía que habia pasado á paises extrangeros; por lo que se contentó con despojarle de cuanto poseia en la corte. Hoy, contando con que os ha de tener aquí, y por una consecuencia de aquella bondad que le conoceis, está determinado, ya no como ántes á poner preso al Conde si comparecia, sino á tenerlo desterrado lejos y para siempre. Todo lo que puedo pues prometeros, es conseguir para vos el permiso de ir á juntaros con

él, y de reuniros ambos al Marquez de Valmont, á quien he sentido siempre como mi mejor amigo. Vendrán dias mas favorables, en que podré abogar ventajosamente por vuestra causa, y si el rey os llama á la corte, segun el modo de pensar que os conozco, creeré que yo gáno en ello mas que vos. Me dijo adios, abrazándome y con los ojos mojados de lágrimas. Su bondad hizo correr las mias apesar del júbilo que sentia por todas las buenas noticias que iba á dar á mi marido.

Lo hallé meditando en vuestra última carta que acababa de recibir. Esto es hecho, me dijo, luego que me vió á lo mas lejos; tu marido ya no vive para el mundo; el mundo ya nada es para él. Sus falsos bienes no merecian cautivar mi corazon: de hoy mas ya no serán objeto de mis pesares. Dios es todo, mi querida Emilia, y mi único dolor es haber podido ofenderle. ¡Ojalá que al ménos le agraden mi arrepentimiento y el resto de mis dias! Emilia, ¡que bueno es Dios! ¡y que culpable soy yo! Pues bien, amigo mio, le respondí estrechándolo entre mis brazos, mi querido amigo, si tu lo reconoces, Dios te perdona; él no desecha un corazon contrito y humillado. ¡Ah! que acabe, exclamó, de ablandar el mio! ¿podré yo nunca expiar con muchos gemidos y lágrimas los ultrajes que le he hecho? ¿podré yo expiar....? ¡O Dios! ¡Que triste recuerdo viene á aumentar mi pena! ¡que horrorosa imágen me sigue por todas partes! ¡Cruel homicidio! ¡A qué exceso me dejé llevar! ¡Lausane, querido Lausane! ¡que no pueda yo volverte la vida á costa de mis dias!... Aparté de Valmont, en cuanto pude, aquel doloroso recuerdo que le abrumba, que me abrumba tambien á mi; y para calmarlo mas llevándolo á ideas menos tristes, que insensiblemente le preparasen para todo lo favorable que iba yo á comunicarle, le hablé en el idioma de la ternura. Emilia, me dijo interrumpiéndome, ¿como puedes amarme todavia, cuando soy tan indigno de ello? ¿mereceré alguna vez el perdón que me concedes? Y sean cuales fueren para

en adelante mis afectos y mis costumbres, ¡me quitarán la obligacion que tengo hácia mi padre, hácia el mas tierno, el mejor de todos los padres, por lo que ha hecho en mi favor? ¡O quanto me arrepiento de no haber creído siempre sus sábios consejos, de no haber pensado siempre como él! Mi buen amigo, prométenos olvidar tus extravios, para no ver mas que tu arrepentimiento. Ven á recoger los frutos de él en los brazos de tu padre y en los míos: vamos á estar todos reunidos. Y al instante le participé la conversacion que acababa de tener con la reina, la libertad en que me dejaba, sus bondades hácia nosotros. ¡Oh Dios! exclamó al fin de mi relacion, levantando los ojos y las manos hácia el cielo, ¡Dios bueno! ¡Dios infinitamente bueno! ¡así es como me castigais! ¡Ah! Emilia, ¡mi corazon no puede bastar á mi gratitud al Señor, y á lo que debo á tu amor! Qué! Valmont te suplirá por todo, mi tierna amiga! ¡Ah! ¡Soy muy feliz! vamos, me dijo, levantándose con trasporte, vamos á participarle á la joven Veymur, á su cuñada, á su marido, la suerte que nos espera; vamos á participarles que formaremos con ellos una sola casa, una sola familia; vamos á comunicar nuestros afectos, nuestros regocijos y nuestra felicidad, á tan queridos y leales amigos.

Imaginad, padre mio, la impresion que en ellos hizo noticia tan feliz. Mi amada Veymur, mi querida Senneville, porque tal es el nombre que me agrada todavia darle, cayó casi desfallecida en mis brazos; nuestras lágrimas se confundieron, y este momento fué para nosotros el preludio de dias mas deliciosos todavia que nos prometemos á vuestro lado. ¡Ah! padre mio, ¡hay por ventura en la tierra placeres mas verdaderos que los que nacen de la religion y del sentimiento?

Aguardamos impacientes el resultado de las promesas de la reina, y el momento de nuestra partida; pero hasta entónces podemos todavia recibir una de vuestras cartas. Aprovechamos el tiempo que nos queda para ordenar nuestros negocios; Val-

mont, muy ocupado en el de su salvacion, abandona los otros á Peycourt, de quien está seguro como de sí mismo, y se ha puesto con la mas justa confianza en manos de su cura, quien le hace hacer una confesion general, llorando de júbilo por su conversion. Os escribo por los dos, puesto que él ha querido confiar á mi estos pormenores, y os ruego en su nombre y de mi parte, que pongais el colmo á vuestros cuidados, trazándonos por escrito los caractéres de una piedad sólida, y lo que es menester hacer para conseguirla y para perseverar en ella. Juntaremos esta carta con todas las otras; serán nuestro código de religion y de moral; las releerémos incesantemente, y siempre tendran para vuestros hijos un mérito, que nadie sino un padre podria darles.

CARTA QUINCAGESIMA OCTAVA.

EL MARQUEZ Á SUS HIJOS.

¡Hijos míos! ¡mis amados hijos! en quienes vivo, respiro; consuelo, hechizo de mis últimos años; oh! hijos míos, ¡puede uno experimentar los transportes que me causais, y no morir de sorpresa y de placer! ¡digna esposa! ¡hija mía! date prisa para venir á recoger en el seno de tu padre las lágrimas de alegría que le hacés derramar. ¡Mi querido hijo! abrevia con ella tu partida para gozar mis abrazos, y para que yo goce de los tuyos. ¡Dulces abrazos! ¡vivas conversaciones! ¡Podréis bastar á mi ternura? Deja, mi buen amigo, deja ese mundo tan poco digno de echarse ménos, y ven á tomar en el retiro todas las fuerzas que necesitarás un día para desafiarle con todos sus usos, con todos sus peligros; digamos mejor... para serle útil. Ven á ensayar aquí la virtud, el contento y la felicidad. Vas á pagarme con usura las inquietudes que me has causado. Eres pues de Dios sin reserva, le ofreces por tus

faltas el sacrificio del arrepentimiento y del amor; ¿podria no agradarle?

¡O hijo mio! me pides por conducto de Emilia consejos propios para arreglar y alimentar en tí la piedad. ¡Y quien soy yo para instruirte en objetos tan elevados! un viejo niño que no puede balbutir contigo los primeros elementos de tal ciencia. No importa, mi propio guia, mi pastor va á ayudarme en obra tan grande; y en adelante la concluirá, conversando contigo, lo que el tuyo habrá tan felizmente comenzado. ¡Que estos ángeles de paz, estos dignos consoladores de los hombres [1], su refugio en sus penas, su sosten en sus debilidades, su recurso despues de sus extravios, sus guias y sus amigos fieles en las situaciones mas críticas de la vida, desempeñen respecto de nosotros un precioso ministerio! y cuando lo desempeñan dignamente, oh! ¡que bien merecen nuestra confianza y nuestros homenajes! Aquel que el cielo clemente nos ha dado, á mi y á todas las buenas gentes de nuestras cabañas, es su padre y el mio. Será el tuyo, hijo mio; y veré sin pena partir contigo este título tan lisonjero y tan dulce. Su alma tierna y sensible se abre á todas las especies de miseria; su caridad ingeniosa halla para todos los remedios necesarios. El mejor de los príncipes se quejaba de haber perdido un día; mi pastor me reprocharía haber pasado una hora, sin haber hecho bien. Si supieras, querido Valmont, cuanta parte ha tomado en mi pena, cuanto se ha interesado en tu conversion á Dios, cuantas luces me ha dado para atraerte é ilustrarte, no, no crearías nunca poder manifestarle demasiada ternura y gratitud. ¡Cuanto he bendecido al Señor por la eleccion que me ha hecho hacer cuando le nombré para mi cura! ¡Y que mal se conocen las ventajas de que uno se priva, y las cuentas de que se hace responsable, cuando se deja tal eleccion al favor ó á la casualidad!

Sostenido, guiado por sus lecciones, voy pues, hijo mio, á corresponder á tus deseos. Voy á ocu-